

La nueva batalla del Pacífico

por Olivier Zajec*

Enfrentados como nunca antes desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, China y Japón -cuyos conflictos territoriales tienen una larga historia- tensan hoy sus relaciones por la controversia en torno a la soberanía de las islas Senkaku. Los nacionalismos belicosos desestabilizan una región clave para la reconfiguración geopolítica del mundo contemporáneo.

Desde agosto de 2013, fecha de su lanzamiento, los jóvenes chinos se vuelven locos por este juego. *The Glorious Mission* es el primer videojuego de simulación de guerra *on line* desarrollado en colaboración oficial con el Ejército Popular de Liberación chino (1). Una misión es la más aclamada: la recuperación de las islas Diaoyu (para China) o Senkaku (para Japón) en manos del vecino nipón. Los guionistas extremaron el realismo al punto de incorporar al orden de batalla al *Liaoning*, el nuevo portaviones chino en servicio desde 2012. Las publicidades para *The Glorious Mission* anunciaban el tono: “¡Los jugadores combatirán junto a las Fuerzas Armadas chinas y utilizarán sus armas para decirles a los nipones que Japón tiene que devolvernos el territorio que nos ha robado!” (2). ¿Retórica convencional? Tratándose de las islas Senkaku/Diaoyu, territorio que se disputan las dos grandes potencias de Asia Oriental, los acontecimientos que se vienen desarrollando desde hace más de un año acaban sin embargo de demostrar hasta qué punto la línea entre representaciones virtuales y geopolítica real es delgada.

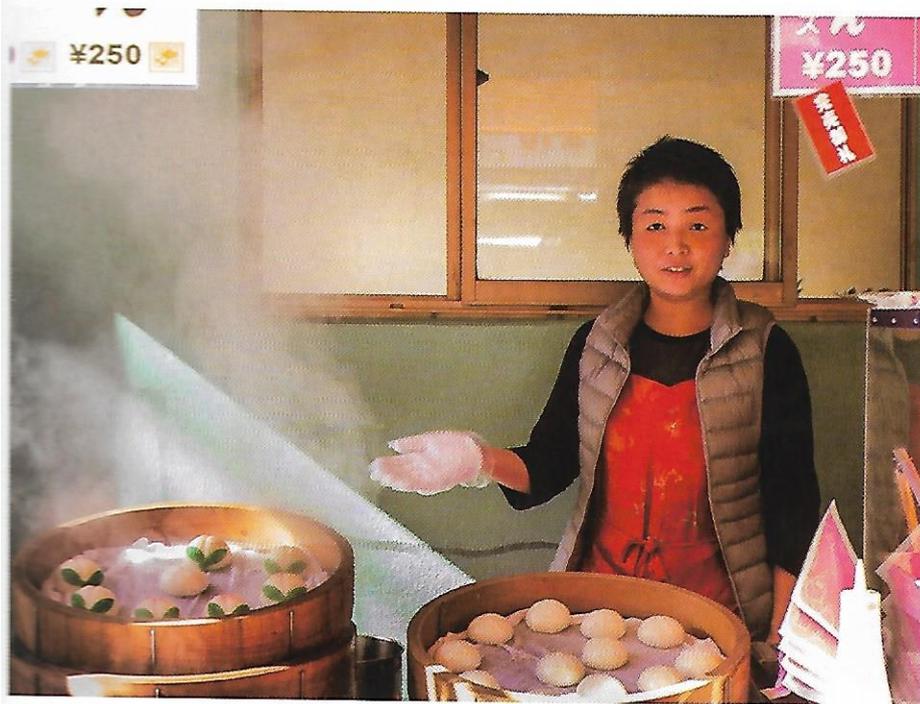
La escalada

¿Quién cuestionó el *statu quo* cuando los dos países estaban de acuerdo en no hacerlo? ¿El gobierno japonés, que de repente le compró, el 11 de septiembre de 2012, tres de las islas Senkaku/Diaoyu a un propietario privado? El gobierno asegura que quiso anticiparse a un conocido nacionalista, Ishihara Shintaro, entonces gobernador de Tokio, quien buscaba

lanzar una suscripción nacional para realizar dicha compra, algo que habría provocado inútilmente a Pekín. El contrafuego resultó ser poco concluyente: las incursiones de navíos chinos en la zona de las doce millas marítimas de las Senkaku/Diaoyu no pararon de multiplicarse desde entonces; fanfarroñadas acompañadas de manifestaciones violentas contra el gobierno japonés, provisoriamente autorizadas por un gobierno chino que tenía la sensación de estar perdiendo prestigio.

¿El agravamiento de la crisis se le puede imputar en cambio a China con la creación unilateral, el 22 de noviembre de 2013, de una Zona Aérea de Identificación (ZAI), que permitió la extensión de su control simbólico en el Mar de China meridional con la inclusión de las famosas islas? Hecho que se relaciona con las reivindicaciones paralelas de Pekín en el Mar de China meridional: en abril de 2012, su Armada tomó el control de hecho del atolón de Scarborough, que le pertenecía a Filipinas. Intimidada, Manila se resignó en enero de 2013 a apelar a un tribunal de arbitraje en el marco de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar (3).

En el caso de las Senkaku/Diaoyu, la respuesta de Tokio y de Washington fue muy distinta. Y mucho más rápida también: el 27 de noviembre de 2013, Estados Unidos mandó dos bombarderos B-52, al poco tiempo seguidos por máquinas japonesas y surcoreanas, para que sobrevolaran ostensiblemente la ZAI china y dejar así en claro su nulidad. A pesar del anuncio de “medidas defensivas →



Migración. Hasta la anexión japonesa de Corea en 1910, los chinos constituían la mayor comunidad extranjera y tuvieron un considerable influjo en la cultura del país.

Dependencia externa

La escasez de recursos naturales hace a Japón sumamente dependiente del extranjero para lograr abastecerse. La relación comercial que mantiene con China, su principal socio comercial, suaviza las tensiones geopolíticas existentes entre ambas potencias.

→ de urgencia” contra todo avión extranjero que no se identificara al ingresar en la zona, Pekín no intentó nada contra esta reacción de las otras potencias del Pacífico, unidas para ponerle límites al ascenso estratégico chino.

Nunca, en la disputa de las Senkaku/Diaoyu, las tensiones habían llegado a tal punto. A principios de octubre de 2013, Tokio y Washington firmaron una nueva versión del acuerdo de defensa que los une desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El anuncio de la compra de nuevos equipamientos no tuvo tanto efecto como la declaración del secretario de Estado, John Kerry, rubricada con su presencia en el archipiélago: “Nosotros reconocemos la administración de Japón [en las islas Senkaku]”, recordó (4), cuidándose de no mencionar la palabra “soberanía”, como le habría gustado al aliado japonés.

El 17 de diciembre de 2013, el gobierno de Shinzo Abe anunció por su parte un aumento de su presupuesto de defensa en un 5% para el período que abarca los años 2014-2019. Reorientando claramente así sus prioridades hacia los medios navales: en agosto de 2013, la Marina recibió el destructor *Izumo*, el más imponente edificio de guerra que el país del sol naciente haya construido desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con sus doscientos cuarenta y ocho metros. Japón considera al archipiélago de las Ryukyu –y a las Senkaku/Diaoyu que lo prolongan hacia el oeste– como el nuevo frente de sus preocupaciones geoestratégicas.

¿Cómo entender esta escalada? Desde el punto de vista geográfico, las Senkaku/Diaoyu no son muy interesantes: siete kilómetros cuadrados aislados en el Mar de China oriental, a trescientos treinta kilómetros de las costas chinas, ciento setenta de Taiwán y cuatrocientos diez de las islas Ryukyu japonesas. Es decir, un archipiélago pelado de tres peñones y cinco islas. El nombre de la más grande, Uotsuri-jima (“isla de pesca de peces”), expresa bien el que fuera durante mucho tiempo el único interés de este montón de arenisca y de coral, principalmente conocido entonces por ser el refugio no de destructores y bombarderos, sino de la amenazada especie de las gaviotas de pico corto.

Los apasionados debates por estas islas entre chinos y japoneses no cobraron verdaderamente importancia sino a partir de 1970. Los chinos de la dinastía Ming, en el siglo XIV, ya conocían el archipiélago. De todos modos quedó deshabitado durante siglos, hasta que un emprendedor japonés instaló allí una explotación de guano, en 1884. Sin embargo, ninguno de los dos Estados ocupó el lugar oficialmente; para el derecho internacional, las islas seguían siendo *terra nullius* (tierra de nadie).

En 1894-1895, en guerra contra una China esclerosada y declinante, el Japón imperial ocupó de hecho las Senkaku/Diaoyu, pocos meses antes de obligar a Pekín a que le cediera Port Arthur y Taiwán por medio del Tratado de Shimonoseki. Después de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de Japón, China recuperó Taiwán y borró así la humillación de Shimonoseki; pero a las Senkaku no se las mencionó en el acuerdo.

El Tratado de San Francisco de 1951, que constituye el acuerdo de paz definitivo entre Estados Unidos y Japón, no las incluyó en su Artículo 2, que enumera los territorios a los que renuncia Tokio a partir de entonces como precio de su reinsertión en la diplomacia mundial. En 1952, un tratado entre Japón y Taiwán –que en ese entonces representaba a China ante la Organización de las Naciones Unidas, en el lugar de la República Popular China– confirmó las renunciaciones territoriales definidas en San Francisco, sin mencionar, tampoco esta vez, a las Senkaku/Diaoyu.

Bajo administración estadounidense, recién en 1971 se le devuelven nominalmente las islas a Tokio, junto al archipiélago de las Ryukyu. Hay, sin embargo, un detalle importante, que muestra que Washington contaba entonces con cartógrafos prudentes y buenos juristas: al momento de esta restitución, Estados Unidos, con la intención de no verse atrapado en una controversia territorial, no mencionó explícitamente a las Senkaku.

Un informe confidencial de la Central Intelligence Agency (CIA) de 1971 –desclasificado en 2007, más de treinta años después– resume bien la situación (5): aunque se pronuncia por la fuerza de los argumentos históricos a favor de la soberanía de Tokio, considera sin embargo que esta cuestión es accesoria y

esconde otra más importante. Para los analistas de Langley –sede de la CIA– es el descubrimiento de reservas de petróleo alrededor de estas islas, que hizo la Comisión Económica y Social para Asia y el Pacífico (Cesap) en 1968, y que Japón ratificó en 1969, el que condenó al archipiélago a volverse la manzana de la discordia entre Taiwán, China y Japón. La Agencia acertó: los tres Estados tenían tanta sed de petróleo en 1970 como tienen ahora en 2014.

No obstante, este factor energético no alcanza para explicar el grado de crispación política que aún se constata. En 2008, Pekín y Tokio firmaron varios acuerdos de explotación conjunta de una parte de las reservas de hidrocarburos del Mar de China oriental. Aunque estos acuerdos no se pusieron en práctica, constituyen la base de un posible *modus vivendi*, habida cuenta de la importancia de las reservas estimadas de la zona (más de 200.000 millones de metros cúbicos). Además de que, a largo plazo, la salud económica de los dos socios está unida.

Ambiciones chinas

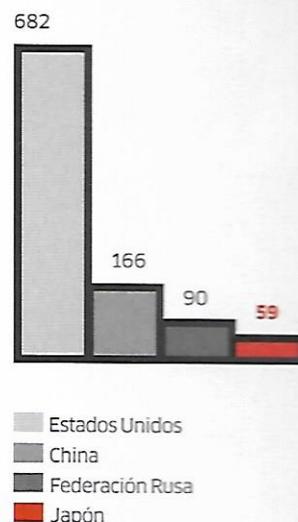
China, potencia en pleno ascenso, no está buscando para nada conquistar militarmente el mundo. Parece evidente, sin embargo, que quiere imponer su preponderancia regional en el Pacífico occidental, sin que nadie le discuta esta vuelta a la normalidad en una zona geopolítica que aplasta con sus mil millones de habitantes y su economía conquistadora (6).

su modelo de capitalismo autoritario, polarizar el debate interno con temas externos. *The Glorious Mission*, desde este punto de vista, se presenta como un símbolo de ese desahogo.

En este desacuerdo entre China y Japón, la dimensión de los derechos históricos es la más pintoresca: con el apoyo de las reivindicaciones de su nación, serios embajadores disecan los ideogramas de vistosos mapas medievales y citan antiguos poemas que mencionan las navegaciones olvidadas de los pescadores del reino de Okinawa. En este debate sobre los símbolos, sin embargo, hay que incluir, para entender el alcance de la controversia, la perspectiva de la geopolítica regional y la de la política interna china. En 1978, durante las negociaciones del Tratado de Paz y Amistad entre Japón y la República Popular China, Deng Xiaoping, entonces presidente de la República Popular, declaraba que la cuestión de las Diaoyu podía quedar “en suspenso por algún tiempo, incluso por unos diez años”. “Si nuestra generación no tiene la sabiduría como para resolver esta cuestión –agregaba–, la próxima generación seguramente la tendrá. Y se podrá entonces llegar a una solución que satisfaga a todo el mundo” (8).

En aquel momento, China, potencia continental enfrentada a la URSS, descuidaba su Armada y era económicamente más débil que Argentina. Pero Pekín vuelve a ocupar hoy su verdadero lugar, lo que inquieta a sus vecinos. Desafortunada-

Gasto militar
(en miles de millones de dólares, 2012)



Tokio considera al archipiélago de las Ryukyu y a las Senkaku como el nuevo frente de sus preocupaciones geoestratégicas.

Desde este punto de vista, particularmente le importan cuatro jugadas estratégicas: el regreso de Taiwán al regazo nacional; la injerencia arbitral de una futura reunificación coreana; las reivindicaciones que planteó en el Mar de China meridional (islas Paracelso, archipiélago de las Spratly, arrecife de Scarborough, islas Pratas) y, por último, la cuestión de las Senkaku/Diaoyu.

Estas últimas son uno de los cerrojos de la cadena de islas que le molesta a la nueva flota “mahaniana” (7) de Pekín en su libre acceso a las aguas profundas del Pacífico. Que se le reconozca una soberanía, aunque sea problemática o intersticial, sobre el archipiélago le permitiría avanzar en el camino de una proyección de potencia a la cual aspira.

Esta restaurada ambición resuena en la sociedad china, donde la enseñanza de Historia tiene tendencia a mantener, o a agravar, las quejas históricas hacia el antiguo imperio japonés –el Japón actual no se queda atrás en este terreno, en modalidad de negación–. La bandera del nacionalismo le permite al gobierno, enfrentado a una sociedad modernizada y crispada por las desigualdades de

mente para las gaviotas de pico corto, las Senkaku/Diaoyu se encuentran en la línea de falla estratégica del deslizamiento tectónico en curso. ■

1. Juego editado por Giant Interactive Group, Shanghai, www.plagame.cn.
2. Jonas Pulver, “Guerre virtuelle sino-japonaise autour des îles Senkaku”, *Le Temps*, Ginebra, 9-8-13.
3. François Bougon, “Les Philippines ouvrent les hostilités avec la Chine sur l’atoll de Scarborough”, *Le Monde*, París, 23-1-13.
4. Hillary Clinton, predecesora de Kerry, había hecho una declaración similar en enero de 2013. Tradicionalmente, como en el caso de Taiwán, Estados Unidos no tomaba abiertamente partido en esta querrela de soberanía, mientras se respetara el *statu quo*.
5. “The Senkaku Islands dispute: oil over troubled waters?”, Central Intelligence Agency, Langley, mayo de 1971.
6. Véase “Pekín reafirma sus ambiciones”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, septiembre de 2008.
7. Alfred Tayer Mahan, almirante estadounidense de fines del siglo XIX, es el gran teórico de la potencia naval. James R. Holmes y Toshi Yoshihara, *Chinese Naval Strategy in the 21st Century: The Turn to Mahan*, Routledge, Nueva York, 2008.
8. Conferencia de prensa del 25 de octubre de 1978, disponible en el sitio de la Embajada de Japón en Francia, www.fr.emb-japan.go.jp

*Investigador del Instituto de Estrategia Comparada, París.

Traducción: Aldo Giacometti